

Henry Musnik

# LAS MUJERES PIRATAS



RENACIMIENTO

❖❖ COLECCIÓN ❖❖

ISLA DE LA TORTUGA



# LAS MUJERES PIRATAS

HENRY MUSNIK



# LES FEMMES PIRATES



AVENTURES ET LÉGENDES  
DE LA MER

“ LE MASQUE ”

23, RUE MARBEUF, 23

PARIS

*Cubierta de la edición original*

HENRY MUSNIK

# LAS MUJERES PIRATAS

AVENTURAS Y LEYENDAS DEL MAR

*Prólogo de Luis Alberto de Cuenca*



RENACIMIENTO

☠☠☠ COLECCIÓN ☠☠☠

ISLA DE LA TORTUGA

*Diseño de cubierta:* Equipo Renacimiento

© Traducción: Equipo Renacimiento,  
revisada por Luis Alberto de Cuenca

© 2007. Editorial Renacimiento

© Prólogo: Luis Alberto de Cuenca

---

Depósito Legal: S. 677-2007

ISBN: 978-84-8472-269-4

Impreso en España

ISBN eBook: 978-84-8472-688-3

Printed in Spain

# PRÓLOGO





*El precio figura en pesetas en una de las páginas anteriores de guarda: 1.200 pesetas. La librería en que lo compré a mediados de los ochenta no era tal, sino un sucedáneo de los que, en forma de caseta, se alinean en el Paseo de Recoletos madrileño en primavera y en otoño. Está encuadernado en plena piel azul marino, con artísticos dorados en el lomo y una bonita cenefa, también de oro, en ambos planos. Conserva, a Dios gracias, las cubiertas. La anterior reza: HENRY MUSNIK / LES FEMMES / PIRATES / [grabadito déco con barco y una dama de aspecto wagneriano, empuñando una espada, en primer término] / AVENTURES ET LÉGENDES / DE LA MER / «LE MASQUE» / 23, RUE MARBEUF, 23 / PARIS. El colofón nos informa de que el libro abandonó los tórculos el 25 de mayo de 1934. En la cubierta posterior aparece el catálogo de la colección de textos inéditos «Aventures et légendes de la mer», dirigida por*

*José Germain y publicada con una periodicidad mensual («un volume chaque mois»). Habían visto ya la luz los siguientes títulos: L'Invincible Armada, de Maurice Larrouy; Les îles de France, de Emmanuel Bourcier; Les vaisseaux fantômes, de Henry-Jacques; La bouée des rencontres, de L. Guichard; Le voyage de Leif l'heureux, de M. Constantin-Weyer, y Le flibustier mysterieux, de Charles de la Roncière. En una segunda serie se anuncia como aparecido el volumen Antoine et Cléopâtre, del citado Maurice Larrouy. «Pour paraître prochainement» figuran: Forbin, de Henry Le Marquand; La nuit infernale de Zeebrugge, de Pierre Mac-Orlan; Les chevaliers de Malte, del académico Abel Bonnard, y La femme et le marin, de Maurice Guierre. Ésa es la información que transmite aquel tomo encuadernado en piel que compré en el Paseo de Recoletos hace algo más de veinte años.*

*El tema de la piratería siempre me ha subyugado, de modo que no dudé ni un solo instante a la hora de adquirir un libro que, por si fuera poco, versaba sobre piratería femenina, lo que añadía morbo y sicalipsis a mis expectativas lectoras. Henry Musnik, autor de Les femmes pirates, había publicado previamente una serie de reportajes y estudios sobre las costumbres americanas y algún que otro libro de viajes. No he hecho averiguaciones al respecto, pero del estilo de Musnik se desprende la sensación de que su propietario debió de ser columnista de prensa (o algo así), porque su escritura ostenta rasgos como el humor, la facilidad narrativa, la irreflexión, el pintoresquismo y la ligereza.*

*Seis son los capítulos en que se subdivide la obra. En el primero se habla de las mujeres piratas del pasado, como la goda Alwilda o la escandinava Sigrid la Soberbia. El segun-*

do está centrado en las dos reinas de la piratería del período clásico: Anne Bonney y Mary Read. El tercero está consagrado a la inefable Mistress Ching, generalísima de los «ladrones» (así, en castellano), una banda de crueles piratas que asolaron el mar de China a comienzos del siglo XIX; en su Historia universal de la infamia, publicada en 1935, Borges glosa el perfil de «La viuda Ching, pirata», inspirándose muy de cerca en el relato de sus «hazañas» por Musnik (cuyo libro debió de ser distribuido en Buenos Aires nada más publicarse). Los piratas Djoamis ocupan el cuarto capítulo, que se sitúa geográficamente en latitudes cercanas al golfo y al mar de Omán, en la península arábiga, no lejos de la Costa de los Piratas, cuya capital –estudiábamos– era Abu Dhabi, actualmente uno de los siete Emiratos Árabes Unidos. El quinto capítulo va dedicado a la compañera de Benito de Soto Aboal, un pirata gallego decimonónico al que hace referencia Galdós y que protagoniza la novela La burla negra, de José María Castroviejo; sobre él ha escrito, recientemente, Arturo Pérez-Reverte un estupendo artículo en El Semanal (enero de 2006); el tesoro de Soto, disperso por las playas de Cádiz, motivó alguna letra, muy famosa, de fandanguillo basada en la obsesión que tenían los gaditanos de comienzos del siglo XX de buscar las monedas de ese tesoro durante sus paseos por la arena. El sexto y último capítulo es el más periodístico de todos, pues refiere su contenido a hechos prácticamente contemporáneos a la aparición del libro (1934): los hechos delictivos imputables a Lai-Cho-San, la mujer pirata de Macao en cuya tripulación se enroló voluntariamente un reportero americano, Aleko E. Lilius, que luego escribiría, a partir de la increíble experiencia de compartir expolios y navegaciones con los piratas, un libro muy

*interesante, Navegando con los piratas chinos, traducido al español (Barcelona, 1955) y digno de incluirse en una colección dedicada a la piratería como esta de Renacimiento.*

*El libro de Henry Musnik está escrito con una magia narrativa que compromete al lector, a quien se procura tener siempre a bordo de lo narrado, sin posibilidad de naufragio. Tal vez no sea un gran escritor, pero Musnik sabe exponer los datos que ha obtenido –casi siempre de fuentes anglosajonas– con eficacia y simpatía. Le gusta ceder la palabra a los protagonistas de sus historias, utilizando para ello las narraciones, muchas veces autobiográficas, que nos han transmitido la existencia de estas reinas del mar con las que todos hemos soñado alguna vez. Tantos años después, lo he pasado muy bien revisando la traducción española de Les femmes pirates y poniendo al frente del libro estas breves líneas preliminares, dictadas por la admiración, la complicidad y la nostalgia.*

LUIS ALBERTO DE CUENCA  
Madrid, 30 de marzo de 2007.

EN TIEMPOS REMOTOS...



## I



XISTIERON mujeres piratas.

Y siguen existiendo hoy, aun en pleno siglo XX, mujeres al mando de tripulaciones surcando mares, robando y saqueando; causando estragos en las costas de China.

¿Cómo y por qué este sexo, llamado «débil», se ha atrevido a lan-

zarse a esta peligrosa aventura?

¿Y cómo ha podido conseguirlo?

No hay duda de que el número de mujeres piratas que han dejado huella en la Historia es ridículo, si lo comparamos con la horda de bandidos del mar, que desde siempre han hostigado a los barcos mercantes. Pero todavía es más inaudito que tales malhechores, hombres que no temían ni a Dios ni al diablo, aceptasen las órdenes y mandatos de ataque de quienes eran consideradas con desprecio, y en esos tiempos mucho más que en los nues-

tros, como seres inferiores destinados a las labores domésticas del hogar...

¿Acaso eran viragos? Sin lugar a dudas, la respuesta es ¡no!

Todas eran atractivas, y algunas ejercían una irrefutable autoridad sobre sus compañeros, siendo capaces de arriesgar su vida por una causa justa, con valentía e intrepidez.

Estas mujeres se equiparaban a los hombres, y a menudo los superaban. Cuando se trata de piratería, no hay nada más que decir, ya que no es precisamente un oficio fácil y seguro...

Una de ellas, la inglesa Mary Read, respondía con una sonrisa burlona a quien le preguntaba por qué había escogido esta carrera que, inevitablemente, la llevaría a la horca si caía en manos de la justicia:

—¿Por qué? ¡Pues por los beneficios que conlleva!... En cuanto a la horca que me vaticina, no me preocupa. Es lógico que existan riesgos, si no ¿dónde está el mérito? Cualquiera cobarde se apresuraría a hacerse a la mar para perseguir a los barcos, y los hombres valientes morirían de hambre en muy poco tiempo... ¡Estaríamos infestados de esos parásitos deshonrosos!

Ante su interlocutor, un poco asombrado, y quizá también perplejo de admiración, añadía:

—Al contrario, estoy encantada de que la pena de muerte sea el destino reservado a los piratas. Permite que alen las velas sólo aquellos que realmente tienen valor. Los demás, temerosos y hacinados en tierra, se contentan con desvalijar a viudas y huérfanos, fuera del alcance de estas leyes; roban a la pobre gente que no se siente lo suficientemente fuerte como para tomarse la justicia por su mano. Si

la horca no les amenazase, no dudarían en saquear las valiosas mercancías, y habría rufianes por doquier, tanto en los océanos como en la tierra firme. En muy poco tiempo, provocarían la disminución de presas y nuestra profesión decaería a causa de la escasez de botines<sup>1</sup>.

Este razonamiento inesperado no carecía, después de todo, de cierta lógica. ¡Y qué razón...!

Hace un momento, comentábamos que estas mujeres habrían podido reinar si el destino las hubiera colocado en un lugar más elevado de la jerarquía social. El argumento puede invertir sus términos, pues existieron numerosas soberanas con alma de pirata. O que se comportaron como tales, por poco que fuese, en ciertas ocasiones.

Tengamos en cuenta por un momento la aventura de Artemisa I, reina de Halicarnaso, que se había aliado con Jerjes, rey de los persas, para luchar contra los griegos.

Fue durante la batalla naval de Salamina.

La flota de los persas estaba formada por más de dos mil velas. Los griegos disponían únicamente de trescientos ochenta barcos. El almirante ateniense esperó para iniciar la lucha a que empezara a soplar cierto viento, que se levantaba con regularidad todos los días a la misma hora. Los persas aguardaban confiados, ignorando esta particularidad, y Jerjes había ordenado instalar su trono en un lugar elevado de la costa, desde donde pudiera observarlo todo sin correr el menor peligro.

Artemisa, por su parte, había subido a bordo de un barco y oía la lucha encarnizada.

---

1. *The Adventures and Heroism of Mary Read (Las aventuras y el heroísmo de Mary Read)*, anónimo, 1837.

El viento empezó a soplar en contra de los persas y sus aliados. Los griegos atacaron. A los persas, por ser más numerosos, les fue imposible maniobrar rápidamente. De manera que el enemigo, alentado por el éxito, consiguió adentrarse hasta el corazón de la flota de Jerjes, destruyendo la mayor parte.

Los hechos, según Heródoto<sup>2</sup>, no podían ocurrir de otro modo, ya que los persas luchaban sin orden ni concierto contra hombres acostumbrados a las leyes de la táctica y de la disciplina militar.

Artemisa mostró una gran valentía, lo que hizo que Jerjes afirmara que: «...en esta ocasión, los hombres se comportaron como mujeres, y las mujeres como hombres...»

A los griegos no les pasó desapercibida la presencia de la reina entre las fuerzas enemigas y, heridos en su amor propio, mortificados por su dura resistencia, prometieron una recompensa de diez mil dracmas al barco que hiciera prisionera a Artemisa. La batalla se centró rápidamente alrededor de su nave, que finalmente fue cercada. A la reina de Halicarnaso, con el rostro encendido, el cabello al viento y la voz ronca a fuerza de gritar órdenes, no le quedaba más que rendirse, puesto que la situación había llegado al límite.

Sin embargo, consiguió hundir el buque más cercano y realizó una maniobra con tal habilidad que pudo escapar del apremiante asalto. El peligro estaba provisionalmente salvado, aunque no tardaría mucho en volver. Ya no podía contar con las fuerzas de Jerjes, que se habían dispersado a merced de la batalla.

---

2. Libro VIII, capítulo 86.

Entonces, recurrió a una estratagema que demuestra, al mismo tiempo, un inusitado ingenio y una completa falta de escrúpulos. Atacó un barco persa, un aliado, y lo hundió. Reinaba tal confusión en el mar, tal desorden y desconcierto, que los griegos más próximos no reconocieron el barco de Artemisa y, creyendo que se trataba de un error, abandonaron de inmediato la persecución.

Un pirata no lo habría hecho mejor. En tales circunstancias, es probable que ni siquiera se hubiera atrevido a sacrificar deliberadamente a uno de sus compañeros de combate. Sin embargo, para Artemisa esta atrocidad no significaba gran cosa. Recordemos que, de vuelta a sus Estados, le reventó los ojos a Dárdano de Abidos mientras dormía, por rechazar sus proposiciones amorosas. Aunque también es cierto que los remordimientos acabaron por llevarla al suicidio, lanzándose al mar desde lo alto del peñón de Léucade.

Hay otra anécdota sobre una reina con espíritu de pirata que acabó más felizmente.

Nos la cuenta el historiador danés Saxo Gramático.

Alwilda, hija de Sinardo, rey de los godos, se había rebelado abiertamente contra el autor de sus días, quien, por razones probablemente diplomáticas, quería obligarla a casarse con el príncipe Alf, hijo de Sigaro, rey de Dinamarca.

En aquella época, las mujeres gozaban, hecho notable, de cierta consideración en los países nórdicos. No era extraño que algunas de ellas ejercieran la profesión de médico o de astrólogo. A menudo, acompañaban a sus esposos o parientes a la guerra, para animarles durante el combate. En los ejércitos había también batallones de «vírgenes con escudos» consagrados a Odín, uno de los tres

dioses escandinavos, y sus integrantes no podían casarse, porque, según se decía, su amor era funesto.

Para escapar a las intenciones de su padre, Alwilda meditó primero la idea de convertirse en una de estas vírgenes. Pero se le ocurrió algo mejor: Aprovechándose de esta libertad para desplazarse a las campañas bélicas, consiguió enrolar, con la ayuda de unos cómplices previamente sobornados, toda una tripulación de jóvenes mujeres en un buque del que se hizo dueña. Estas jóvenes poseían un espíritu tan aventurero como el de Alwilda. Todas ellas se vistieron con ropas masculinas, y pusieron viento en popa a toda vela... Por la mañana, el rey supo de la desaparición de su hija, a la vez que numerosas familias se lamentaban por idéntico motivo.

Se presume, pues el historiador ha olvidado esclarecer este detalle, que el capitán y la tripulación de este singular barco dominaban los secretos de la navegación, ya que estas mujeres intrépidas no tuvieron ningún percance que lamentar. Tras algunos días en alta mar, se acercaron a las costas para abastecerse de alimentos.

Tampoco conocemos los detalles exactos del lugar y las circunstancias. Pero poco importa. La historia de Alwilda es cautivadora por su ingenuidad y la consideramos como lo que es. Suponiendo que perteneciera más al ámbito de la leyenda que al de la realidad, no perdería nada de su autenticidad.

El caso es que Alwilda atracó su navío en una orilla determinada y puso pie en tierra. Observó entonces que la tripulación de otro buque que allí estaba anclado ya había desembarcado. La llegada de las mujeres suscitó la curiosidad de los marineros, que no eran sino piratas. Desde el

primer momento, consideraron a las compañeras de Alwilda como camaradas de su propio sexo y las trataron como tales. Explicaron que se encontraban en una situación de cruel incertidumbre.

—Nuestro capitán acaba de morir por las heridas sufridas en un combate reciente, y no conseguimos ponernos de acuerdo sobre quién será el sucesor.

Invitaron a Alwilda a tomar parte en sus deliberaciones y fue en ese momento cuando descubrieron que era una jovencita. Les contó una historia falsa, plagada de mentiras, que había ideado hacía tiempo, precisamente, para una situación semejante. No sabemos si la creyeron o no, lo que sí quedó claro es que una tripulación femenina, dirigida por un líder del mismo sexo, no era una alianza menospreciable. Las «marineras» eran de trato fácil, la aventura sería suculenta... Y además, ¡estas mujeres sabían navegar! No pedían nada más que permanecer en su compañía. En resumen, era la unión de lo útil con lo agradable.

Unos días más tarde, se eligió al capitán de los piratas.

Era la propia Alwilda.

Así comenzó una era de fructuosas rapiñas para las dos facciones, fundidas ya en una sola. La reputación de esta ingenua flota fue aumentando y creciendo al igual que el número de sus presas, al tiempo que inspiraba cada vez un terror mayor.

Llegó a tal punto, que el rey danés encargó a su hijo, el príncipe Alf, la búsqueda y captura de los saqueadores, a fin de entrar en razón con ellos.

Se produjeron multitud de encuentros y refriegas. Alwilda, cuyo secreto estaba tan oculto que todo el mundo la creía un hombre, conseguía librarse por su superioridad.

Pero todo tiene un final. El príncipe Alf la sorprendió en el golfo de Finlandia y tras un encarnizado combate cara a cara, consiguió saltar al puente del buque que llevaba al capitán. Seguido por algunos compañeros, abrió un sangriento camino a tajos y estocadas hasta la persona cuya vestimenta y casco con la visera bajada señalaban como el capitán.

En un duro cruce de espadas, el príncipe Alf quebró bruscamente la hoja de su adversario. Ya sólo podía rendirse. La mujer pirata había reconocido al hijo de Sigaro. Puesto que tras su huída del palacio paterno habían ocurrido ciertos hechos que cambiaron para bien su pensamiento sobre las relaciones con los hombres, su opinión respecto al matrimonio había cambiado por completo.

Se quitó el casco.

El príncipe Alf creyó estar soñando. ¡Era Alwilda! ¡Aquella de quien siempre había estado enamorado y cuya desaparición habían lamentado tanto los godos como él mismo!

Le cogió la mano y apoyó una rodilla en el suelo. Es decir, en la cubierta del buque, pues todo esto sucedía a bordo. Los supervivientes aclamaron la escena que les prometía un giro de los acontecimientos mucho más feliz del que podían imaginar.

—Alwilda... ¿Quieres darme tu mano y aceptar compartir mi fortuna y mi trono?

Ella respondió, por supuesto, con un sí. La boda se celebró allí mismo. Entre los acompañantes del príncipe Alf, se encontraban las personas cualificadas para llevar a cabo los ritos. Después, retomaron el camino del reino y hay que creer que los dos esposos vivieron felices rodeados de hijos.

\* \* \*

Pero no abandonamos los países escandinavos sin antes hablar de Sigrid la Soberbia. Estamos en condiciones de dar, sobre ella, detalles más concretos. Los hechos que ahora referiré ocurrieron hacia el año 1000.

En la época de Alwilda, el norte estaba totalmente dividido en una multitud de pequeños estados. Era evidente que el príncipe Alf, sucesor de su padre, debía reinar en uno de estos estados. Saxo Gramático habló de Dinamarca, pero es más razonable pensar que se trataba, en realidad, de un país que formaba parte de esta división.

Hacia finales del siglo IX, todo cambió.

Los reyes, llamados del Centro, se tornaron repentinamente dominantes en las tres partes del norte de Escandinavia. Gorm el Viejo en Dinamarca, Harald *el de hermosos cabellos* en Noruega, y Erik, hijo de Emund, en Suecia.

Este Erik se había casado con Sigrid la Soberbia, quien demostró ser una mujer de fuerte carácter y de gran valentía, pues cuando su esposo, más tarde, la repudió, ella, en lugar de resignarse, decidió y consiguió levantar una parte del país en contra del rey. Ella misma se puso al frente de un grupo de fieles que, como un enjambre de abejas, no dejó de importunar al soberano.

Sigrid la Soberbia sabía guerrear tanto en tierra como en mar. Disponía de una importante tropa de guerreros. Muchos reyes de Noruega que soñaban, desde su destitución, con recuperar el poder de antaño y conquistar al mismo tiempo el trono de Suecia, iban en busca de Sigrid para casarse. Podemos hacernos una idea de los encantos de esta última, al constatar que ordenó quemar vivo a uno de sus pretendientes, al que consideraba indigno de ella.

Mientras tanto, Erik murió y vino a ser sustituido por Olof, que no era otro que el hijo que había tenido con Sigrid. Este hecho cambió los planes de la ardiente conquistadora. Asegurándose el afecto del nuevo rey de Suecia, pensó en crear una fusión entre los dos países de la península y actuó en consecuencia, consiguiendo que el rey de Noruega llamado también Olof –por pura coincidencia– le pidiera matrimonio.

Acudió a Kongfeld, donde tuvo lugar el encuentro. Todo hacía pensar que los planes de Sigrid la Soberbia iban por buen camino, cuando estalló una violenta discusión. Olof, convertido recientemente al cristianismo, exigía que su futura mujer también se cristianizara. Esta última, acostumbrada a dar órdenes y no a recibirlas, se enfureció y se negó rotundamente, añadiendo incluso algunas palabras injuriosas.

Olof, caracterizado por su impaciencia, respondió inmediatamente en los mismos términos. El tono subió tanto, que el rey de Noruega, exasperado, se abalanzó sobre Sigrid abofeteándola violentamente en la cara: ¡zis, zas! y le lanzó numerosos insultos.

—¡Esto será tu muerte!... clamó Sigrid.

—¡Arrojad a esta loca al mar! Gritó Olof. ¡Necesita que le refresquen un poco las ideas! Dicho y hecho.

Podemos imaginarnos el estado de ira en el que se encontraba la ex reina de Suecia, tras esta conducta indecorosa. Su venganza no podía demorarse. Se casó con Suenón, que debía, poco después, convertirse en Suenón I *el de la barba hendida*, rey de Dinamarca, y asegurar la grandeza de este país. Después, ordenó concretar una alianza entre su hijo, Olof de Suecia, su marido y una tropa importante de nor-

uegos, descontentos con el rey, que sólo pensaban en destronarlo.

Sigrid hizo armar una poderosa flota que se encargó de gobernar, y esperó el momento oportuno para actuar. Olof acababa de emprender un viaje al país de los vándalos, para reclamar unos territorios sobre los cuales creía tener derecho. Los aliados acecharon el momento de su regreso. Olof ignoraba por completo el ataque. Sus buques navegaban, dispersados. Sin embargo, no pudo decidirse a huir, tanto por valentía como por amor propio, ya que sabía a quién tenía enfrente. Aceptó el combate con los escasos buques que se encontraban a su alrededor.

El barco que gobernaba Sigrid la Soberbia se lanzó al abordaje, y en poco tiempo la jefa de los guerreros apareció orgullosa sobre el puente, blandiendo un arma. Olof comprendió que todo estaba perdido. Tras una última mirada hacia sus hombres, que caían a su alrededor, se tiró al mar.

La venganza de Sigrid la Soberbia se había cumplido.

Tras esta victoria naval, que fue bautizada con el nombre de batalla de Swoelderoe, los aliados se repartieron el territorio de Noruega. Sigrid obtuvo, para Dinamarca, toda la parte meridional. Mientras que Suecia se adjudicaba todos los territorios vecinos de su propia frontera. En cuanto al resto, se distribuyó entre dos príncipes que se convirtieron en los vasallos de Suenón I, gran rey en aquellos tiempos.

Todos estos pueblos eran aventureros y un poco piratas. Desde hacía ya unos ciento treinta años, causaban estragos periódicos en Europa. Eran los famosos *Northmen* o normandos. Sin embargo, ninguna mujer tomó parte en sus expediciones hacia el océano Atlántico, o incluso el

mar Mediterráneo. Las Alwilda y otras Sigrid se contentaron con el mar del Norte y el mar Báltico como escenario de sus hazañas.

\* \* \*

Saltemos unos cuantos siglos.

Nos encontramos inmediatamente después de la paz de Utrecht, en 1713. La guerra de Sucesión de España acaba de terminar y los beligerantes, extenuados, piensan en descansar durante algunos años, antes de hundirse de nuevo en la devastación mutua y en la sangre.

Hubo una eclosión extraordinaria de piratas.

Todos los aventureros, ávidos de peleas y aventuras, así como de botín, que hasta entonces habían encubierto sus depredaciones con el manto justificativo de la guerra, se declararon piratas con toda claridad, y persiguieron los buques que surcaban los mares entre Europa y las colonias. Inglaterra, país marítimo por excelencia, llegó el primero en esta carrera de perversidad y acaparó toda la atención.

Las dos únicas mujeres piratas del siglo que han dejado huella en la Historia eran originarias de Gran Bretaña. Se llamaban, respectivamente, Mary Read y Anne Bonney.

Curiosamente, se sabe que vivieron en la misma época. Mejor incluso. Coincidieron en un momento dado y sus destinos se unieron a causa de unos acontecimientos provocados por un hombre, el capitán Rackam, también pirata, como es lógico.

Pocas crónicas relataron los hechos y gestas de Mary Read y Anne Bonney, y las que hablaron de ello proporcionaron datos escasos sobre fechas exactas. Pero los detalles